

I

AÑO 77 A. C., OTOÑO.

«Osca», señaló el centurión con su dedo al despuntar el décimo segundo día de marcha. Escondida entre las telarañas del amanecer, una ciudad sólidamente amurallada descansaba, majestuosa, sobre un tapiz de prados verdes. «*Osca, magna urbs*», insistió el suboficial romano en vista de nuestro silencio. Y es que por primera vez contemplábamos el que sería el destino final de aquel viaje. El lugar que debía acogernos por tiempo indefinido, hasta que en nuestros cuerpos y también en nuestras mentes hispanas se obrara la transformación definitiva.

«*Osca, komtreb maros*», traduje al celtíbero, provocando un escalofrío inevitable entre mis jóvenes acompañantes. Consiguiendo que aquellos pequeñuelos desorientados se pusieran a contemplar el horizonte algodonoso con aprensión evidente. Temblequeantes, apiñados a mi alrededor como hormigas aterrorizadas. Quizá la sombra de bozo que afeaba mi rostro y los diez años de diferencia les hacían ver en mí a todo un guerrero de la Celtiberia, a alguien capaz de defenderlos de una legión enemiga con el mero rugido de su garganta.

—Pronto entenderéis y hablaréis la lengua romana tan bien como Kalaitos —les dijo Draco, el centurión sertoriano, desde su montura—. En Osca os van a enseñar muchas cosas, la mayor parte de las cuales no os servirá de nada en la vida —se carcajeó nuestro guardián—. Afortunadamente, yo estaré siempre cerca para convertirlos en hombres hechos y derechos, en auténticos legionarios —añadió con mirada inquietante.

Traduje también aquellas palabras a nuestro idioma materno, pero no logré arrancar ni un solo sonido de unas gargantas enmudecidas por el pánico. No resulta fácil aflojar el nudo cuando el destino siembra tu camino de acertijos indescifrables. Y para aquellos polluelos hispanos nada podría ser más inexplicable y sobrecogedor que verse entregados en custodia a unos soldados extranjeros a los que nuestros padres siempre llamaron invasores y ahora denominaban aliados. Y es que pocas fechas atrás también yo me había rascado la cabeza incrédulo ante aquella realidad nueva y desconcertante: que la Roma opresora de siempre apareciera repentinamente dividida y que ambas facciones en discordia estuvieran usando nuestro suelo como campo de batalla no era ciertamente un asunto de fácil digestión. De hecho,

algunos habíamos tenido que comprender el entuerto sobre la marcha. Con la falcata en la mano y sin tiempo para interrogantes.

Contrebia Leucade, mi ciudad natal, había sido una de las pocas fortalezas que rehusó apoyar a quien pensaba aflojarnos —o eso aseguraba al menos— el nudo de la soga. Es decir, el de los impuestos abusivos de Roma. Mi padre —caudillo indiscutible del *oppidum* celtíbero— no era de los que atan la mula al árbol tan solo porque el tronco aparezca ya lleno de ramales. Para el viejo Ambón, el general Quinto Sertorio, líder de la facción popular, no pasaba de ser un loco con la cabeza llena de grillos. Por eso le cerró las puertas de su ciudad en espera de una ayuda que nunca llegó. Por eso murió con sus guerreros, aferrado a su hacha bipenne, mientras luchaba por salvaguardar la Ciudad Blanca de las ínfulas de un agitador sin futuro. Porque entre una guerra incierta hoy o una muerte segura mañana a manos de las legiones consulares, el veterano mandatario escogió la primera opción como la menos catastrófica. Lamentablemente, la muralla y el foso de Contrebia solo aguantaron cuarenta y cuatro días. Después llegaron la muerte, la destrucción, la esclavitud o la deportación para casi todos, aunque no para mí, sorprendentemente. Porque a pesar de los innegables trastornos ocasionados por mi padre durante el asedio, Sertorio me respetó la vida. Y no solo eso: el general rebelde también prometió devolverme Contrebia cuando estuviese preparado «para gobernarla con madurez y criterio». Y para alcanzar ambas prerrogativas me enviaba a Osca, a su Academia de Latinidad, lo mismo que al resto de alevines celtíberos que me acompañaban. No obstante, la extrema cercanía de la tragedia y la estrecha vigilancia a la que éramos sometidos me impedían confiar por completo en la sinceridad de una declaración tranquilizadora solo en apariencia. No en vano yo era el único integrante de aquella caravana de herederos errantes cuyo progenitor había rechazado sumarse a la causa popular, la defendida por el insurgente Sertorio. Una circunstancia que también me había convertido en el único huérfano de padre de aquel grupo. Y sin embargo, a pesar de que el horizonte pintaba más despejado para los otros, el miedo nos atenazaba a todos con la misma fuerza. Tal vez por eso, para ahorrarnos el espanto de la gran urbe, Draco esperó a que las sombras de la noche se adueñaran de Osca antes de hacernos penetrar en sus calles.

Una empinada pendiente nos dejó frente a la puerta oeste de la fortaleza, unos batientes que se abrieron como las fauces de un dragón

hambriento y se cerraron detrás de nosotros con el estruendo de la maza del dios Sucellos al resquebrajar el mundo. Después, los soldados romanos nos empujaron dentro del laberinto.

Por alguna razón, el centurión Draco había descartado hacernos desfilar por la que parecía una de las avenidas principales de Osca y prefirió rodear casi todo el perímetro amurallado de la ciudad hasta alcanzar su zona oriental. En aquella apresurada travesía pude contemplar las innumerables torres que defendían —cada veinte pasos— todos los sectores de la ciudad. También comprobé en aquel primer contacto la irregularidad de una urbe adaptada a los caprichos de un relieve escabroso. En Osca no abundaban las manzanas trazadas a escuadra, ni los trayectos rectilíneos. Muchas veces las calles solo conseguían llegar a su destino a base de escarpadas rampas o escaleras más o menos abruptas. Precisamente a poco de rodear uno de aquellos obstáculos nos dimos de bruces con la imponente mole de la Academia de Latinidad. No fue, sin embargo, la solidez y grandeza de aquel edificio lo que más llamó nuestra atención, sino el variopinto gentío que esperaba nuestra llegada entre las columnas del pórtico.

Siguiendo las órdenes de dos individuos envueltos en togas blancas, una veintena larga de mozalbetes nos dio la bienvenida en un latín deshilachado y balbuceante. Después, el más grueso de aquellos dos instructores se acercó a nuestro grupo y se quedó observándonos con aire decepcionado.

—Mi nombre es Placidio y soy el rétor de la Academia Latina de Osca —afirmó mirándonos de arriba abajo—. ¿Alguno de vosotros es capaz de entenderme?

Dos docenas de pequeñas —y sorprendidas— cabezas se volvieron inmediatamente hacia mí con gesto interrogativo.

—¿Solo tú? ¿Solo tú eres capaz de comprender la lengua romana? —me preguntó aquel hombre rechoncho con el desencanto propio de quien se forja ilusiones que luego se desvanecen como el humo—. ¿Nadie más? —todavía sondeó infructuosamente entre los recién llegados.

Adrastos era el nombre de quien mantenía el orden de aquella formación bajo los soportales. Él no ostentaba el título de rétor, sino de gramático, y se encargaba precisamente de enseñar los fundamentos latinos a los más pequeños. «Porque en algún idioma tendríamos que entendernos», sostuvo Placidio haciendo pequeñas pausas que permitieran mi traducción. Y a fe que parecía en lo cierto a juzgar por los indescifrables cuchicheos de aquella tropa menuda que ya ocupaba la Academia de Latinidad. Según explicó el rétor, aquellos chiquillos vestidos con indumentarias de color púrpura pertenecían a pueblos que

jamás había oído nombrar en mi Celtiberia natal. Los había sedetanos, ilergetes y suessetanos provenientes del norte del río Hiberus; y también ilerjavones, edetanos y contestanos de la costa oriental. A todos ellos Placidio los llamó «iberos», no por vivir en las inmediaciones del río Hiberus, sino porque, antes que Hispania —dijo—, la tierra que todos pisábamos había sido bautizada con el nombre de «Iberia» por los primeros comerciantes griegos que llegaron a sus costas.

Un muchacho pelirrojo sobresalía en medio de aquella infantil muchedumbre debido a su aventajada estatura. Era un indiketa, una estirpe que habitaba en la costa, «entre las montañas siempre nevadas del norte y las aguas más septentrionales del *mare Internum*», afirmó Placidio apuntando hacia Oriente. El chico se llamaba Estibos y su aspecto, taciturno y sombrío, era el de un condenado triste, el de un reo conforme con su sentencia. Fue tras la marcha de Draco y sus soldados cuando el gramático se dispuso a mostrarnos las dependencias de nuestro nuevo hogar, un bonito edificio de piedra que a juzgar por su olor a argamasa fresca quizá hubiera sido utilizado para otros menesteres antes de ser reconvertido en centro de instrucción para analfabetos hispanos.

Adrastos era un hombre ceñudo, alto y seco como el palo de una escoba, y ensabanado en una túnica que no conseguía disimular las aristas puntiagudas de su esqueleto.

—*Cognitionis alae*—declamó de manera escueta y a la vez rimbombante a la hora de designar los dos espacios donde Placidio y él impartían sus enseñanzas.

Durante unos segundos me devané los sesos tratando de encontrar la manera de hacer inteligible al celtibero aquel curioso término de «habitaciones del conocimiento». Cuando lo logré, descubrí que Adrastos fundamentaba su magisterio no solo en la precisión y parquedad de sus palabras, sino también en la dureza del método.

—¿Cómo quieres que mis pupilos dejen de usar ese dialecto bárbaro si alguien les proporciona una traducción instantánea?! —me reconvino ásperamente mientras un recio cachete restallaba sobre mi nuca—. *Hospitia* —apenas murmuró cuando accedimos a la parte del edificio que albergaba los dormitorios, el comedor, las letrinas y la zona de aseo. Allí, enfrentados a un aguamanil, Adrastos nos repartió una esponja y un frasquito con un líquido oleaginoso con los que pudimos arrancar de nuestros cuerpos exhaustos el polvo incrustado en el camino. Después, desoyendo los rugidos salvajes de nuestros estómagos, el severo gramático nos envió directamente a dormir. Según dijo, habíamos rebasado con creces la hora prevista para la cena, y el sueño debería convertirse en nuestro único alimento hasta

el *ientaculum* de la mañana. Afortunadamente, Estibos, mi solitario compañero de dormitorio, guardaba una agradable sorpresa para mí.

—Sabíamos de vuestra llegada a Bolskan desde ayer —me susurró en un latín parejo al mío cuando Adrastos apagó el último candil de la academia.

—Nuestra llegada... ¿adónde?

Estibos forzó una sonrisa.

—Bolskan —repitió—. Los iberos siempre hemos llamado así a esta ciudad. «Oscá» es un invento romano —añadió tendiéndome un trozo de queso y otro de pan—. Los he guardado para ti. —Volvió a sonreír—. Estaba seguro de que Adrastos no os permitiría probar bocado.

Miré a nuestro alrededor con más detenimiento. Estibos y yo ocupábamos los dos solos un *cubiculum* diseñado para albergar a un grupo tan enorme como el que ya formaban el resto de chiquillos hispanos. Sin embargo, por una razón u otra, el rétor solo contaba con dos discípulos. Y posiblemente, de ahí la decepción que mostraba su rostro.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunté al amable indiketa.

—Un mes —afirmó—. Igual que los demás.

—¿Viniste voluntariamente?

Estibos esbozó una sonrisa condescendiente ante la estupidez que yo acababa de plantear.

—Nadie viene aquí voluntariamente.

—¿Has intentado escapar? —le espeté entonces a quemarropa.

Un respingo agitó el cuerpo del joven ibero.

—¡E... escapar?! Ni siquiera sé si eso es posible —arguyó tragando saliva—. Y además...

—¿Además?

—Además, mi padre me mataría si volviera a Indika.

—¿Por qué?

—Él admira a Sertorio. Es su aliado —me explicó—. Me ha enviado aquí para que aprenda el arte de gobernar, y también el de la guerra. —Estibos calcó la misma mirada atribulada de antes—. ¿Y tú?

—Mi caso es distinto —repuse—. Mi padre era enemigo de Sertorio.

—¿Era?

—Murió durante el asedio de mi ciudad: Contrebia Leucade. Después caí prisionero y fui conducido hasta aquí por un centurión llamado Draco. No hay mucho más que contar —aduje tras engullir el último trozo de pan.

Estibos señaló con su mano hacia donde quedaban las dos «habitaciones del conocimiento».

—Esto no está tan mal —me aseguró con resignación—. Un poco aburrido, quizá. Pero podría ser peor, sin duda.

—No hay nada peor que perder la libertad, Estibos —le dije poniéndome en pie.

El heredero indiketa pareció considerar mis palabras un par de segundos. Después saltó de su jergón al verme asomar la cabeza al pasillo y avanzar hacia la ventana del otro lado.

—¿Qué pretendes hacer?! —siseó.

Todavía sin haber cruzado los lindes de la medianoche, la Academia de Latinidad y toda la ciudad de Osca, o de Bolskan, se habían convertido en una nebulosa de silencio negro. Justo la ocasión propicia para un *temenei* fugitivo.

—¿Sabes qué es un *temenei*? —lo interrogué.

—No conozco el idioma celtíbero... —se disculpó tímidamente el indiketa.

—Es alguien capaz de caminar en la oscuridad sin ser visto; capaz de fundirse con las sombras y pasar por una de ellas.

Estibos asintió, aunque sin demasiada convicción.

—Yo tengo ese don —le dije—. Y voy a usarlo ahora para escapar de esta ciudad.

A través de la ventana observé la patrulla de *vigiliae* que custodiaba la academia. Eran cuatro soldados y daban la vuelta a su perímetro constantemente, separados entre sí por unos pocos metros. Pronto noté que se demoraban ligeramente a las puertas de la academia y también junto a la ventana de nuestro dormitorio, porque esos eran los lugares más probables para intentar una fuga. También calculé sus tiempos muertos, y sus ángulos ciegos. Entonces atravesé el enorme dormitorio en el que descansaban plácidamente los más pequeños hasta alcanzar el ala opuesta del edificio e hice la misma operación. No me resultó demasiado complicado descolgarme por una de sus ventanas en cuanto los dos guardias que tenía a la vista doblaron la esquina. Una vez en la calle crucé al otro lado de la calzada y me convertí en sombra en espera de los otros dos *vigiliae*. Tampoco ellos repararon en el bulto oscuro que se agazapaba bajo el alero. De reojo los vi girar y supe que contaba con apenas tres segundos hasta que el siguiente vigilante apareciese por mi izquierda. Eché a correr como un galgo y torcí, todavía a tiempo, por la primera bocacalle que encontré a mi derecha. Tomé sin pensarlo varios cruces más con el fin de alejarme cuanto antes de aquel lugar, pero sin olvidar nunca mi objetivo principal: alcanzar la muralla. Ella iba a convertirse en mi

aliada más fiable en la búsqueda de una salida de aquel laberinto. Al fin y al cabo, mi único devaneo por Osca se limitaba al realizado pocas horas antes, cuando Draco nos había guiado desde la puerta oeste hasta la academia rodeando más de media ciudad. En aquel trayecto casi circular pude contar cuatro puertas de acceso, de lo cual deduje que la ciudad contaría con no menos de seis o siete en total. El número, sin embargo, carecía de importancia. Lo que yo pretendía localizar ahora era la última de las entradas que había visto al pasar. Porque en ella me había parecido advertir un canal de desagüe que atravesaba la muralla por su parte inferior. Una gruesa tubería que además de conducir agua quizá sirviera también para evacuar prófugos.

Aparte de evitar a los retenes de guardia de las puertas principales y sus torres anexas, apenas tuve que desviarme o buscar escondrijo en mi recorrido hasta la alcantarilla. Aun así, cuando la encontré, miré varias veces sobre mi hombro antes de agacharme. Aunque ya contaba con ello, no pude evitar un suspiro de contrariedad al descubrir la reja que protegía aquel agujero. Eran tres gruesos barrotes verticales que cerraban el paso a intrusos y fugitivos como yo. Me acordé entonces de mi diosa predilecta: Noctiluca, guardesa de todos los seres insomnes. Y le pedí un único deseo: si al menos un hierro cediera —«tan solo uno», le supliqué—, podría colar la cabeza entre ellos. Y después el cuerpo.

Noctiluca no me falló. El barrote de en medio lo sentí menos afianzado que los otros. Dos fuertes tirones le hicieron coger juego. El tercero lo arrancó de la pared, dejándolo en mi mano. Lamentablemente, la diosa de la noche no se mostró excesivamente generosa en esta ocasión y no juzgó necesario rodear mis maniobras de la intimidad necesaria.

—¿Qué estás haciendo, muchacho? —Una voz afectada por los hipos intermitentes del dios Baco me asaltó por la espalda.

Al beodo se le advertían los ojos chispeantes. Y también algo extraviados por la sorpresa de ver a un joven hispano hurgando en el interior de una alcantarilla. Mientras me erguía para encarar a aquel romano curioso, reparé en sus aires de distinción. En la túnica bordada en oro que lo cubría de pies a cabeza, una rica prenda cuyo extremo derecho aquel hombre llevaba enroscado sobre el antebrazo. Una mala costumbre, pensé, la de llevar una extremidad comprometida de manera tan estúpida, pues concede a un posible agresor una ventaja decisiva.

El primer trancazo se lo endosé con mi mano izquierda, justo por encima de la oreja. Y, como había supuesto, mi víctima fue incapaz de defenderse. No obstante, no me ensañé con él. Procuré golpearle

con tiento, a pesar de que un garrote de hierro puede resultar tan mortífero como una espada. Lo que no hice fue comprobar si respiraba tras desplomarse como un fardo. Los fugitivos no suelen andar precisamente sobrados de tiempo. Ni de miramientos.

El desagüe atravesaba la muralla de parte a parte y se prolongaba por el exterior varios codos. Cuando saqué la cabeza por aquel extremo, después de reptar un buen tramo entre inmundicias, solo percibí oscuridad. Una penumbra atosigante y fétida que me impedía calcular la verdadera altura que me separaba del suelo, aunque el eco lejano de aquel chorrillo de agua corrompida al golpear más abajo me hizo pensar en una distancia considerable. Lo ideal habría sido dejarse caer con los pies por delante. Sin embargo, la angostura del canal hacía inviable cualquier maniobra. Y ya no era cuestión de volver atrás para invertir mi postura y arriesgarme a ser sorprendido de nuevo. El batacazo resultó rotundo, tras una caída difícilmente estimable en tiempo. Sí pude contar los tumbos que fui dando hasta quedar nuevamente inmóvil al pie de la ladera. Fueron nueve las volteretas y, afortunadamente, ninguno los huesos rotos. Una flecha incendiaria rasgó la noche cuando todavía yacía inmóvil en el fondo de aquel barranco, tratando de mover brazos y piernas en un rápido intento por hacer recuento de los desperfectos. Aunque no era consciente de haber gritado, tampoco podía asegurar que ningún sonido hubiese escapado de mi garganta. En cualquier caso, saltaba a la vista que los centinelas de las torres más próximas habían escuchado ruidos extraños debajo de la muralla.

Una segunda flecha voló sobre mi cabeza, y después una tercera, mientras varias voces discutían sobre la procedencia de avisar al oficial de guardia. Por experiencia propia conocía los miedos que acorralan a todos los centinelas. Dar una alarma general que luego resulte falsa no es un error que se perdone fácilmente. Por eso aquellos hombres dudaban mientras yo peleaba por ordenar mis ideas.

Poco antes de llegar a Osca, Draco nos había mostrado desde un cabezo el río que circunvalaba la ciudad por el norte y también por el este, justo el sector que yo había escogido para mi fuga. El centurión nos había hablado también del puerto fluvial por el que llegaban pertrechos y víveres para las legiones sertorianas. Bajo la luz rojiza de aquellos dardos incendiarios, el Iseola se me antojó como una auténtica carretera líquida hacia la libertad. O, cuando menos, como la mejor manera de poner tierra de por medio con mis posibles perseguidores. Aunque para lograrlo necesitaba una embarcación.

Di con el muelle tras seguir la orilla durante unos centenares de pasos. Era espacioso, el embarcadero más grande que yo hubiera visto jamás, con más de dos docenas de naves amarradas a sus bolidos de hierro. Desgraciadamente, la mayoría de ellas resultaba absolutamente ingobernable para un grumete inexperto como yo. Había sin embargo dos pequeñas chalupas atadas a una simple estaca y un pontón para el paso de personas y carruajes al otro lado del río. Sentado junto a aquella barcaza un hombre arrojaba guijarros al río arrullado por la corriente. Fatalmente distraído, desapercibido ante un traicionero ataque por la espalda.

Arranqué una enorme piedra del suelo sin hacer el menor ruido y proseguí mi avance de puntillas, como un ladrón en la noche, con la espalda arqueada y el brazo listo para descargar mi golpe.

—¿Eres tú? —Una voz grave e inesperada detuvo en seco mis pasos. Al parecer el barquero esperaba a alguien, quizá a una amante secreta que lo encontraría ya con la cabeza abierta y los sesos esparcidos—. ¿Eres tú, Kalaitos? —volvió a preguntar aquel hombre mientras se desperezaba.

Cuando el supuesto pontonero comenzó a darse la vuelta, la silueta maciza de Draco quedó recortada al contraluz harinoso del Iseola.

—Sabía que lo intentarías —me dijo con una condescendencia afable—. Y sabía también que acabarías aquí. —Cabeceó afectuoso, como si neutralizar mi huida le hubiese resultado igual de divertido que jugar con un hijo travieso—. Por cierto, ¿saliste por la alcantari-lla? —Draco esbozó otra sonrisa paternal—. Te vi mirarla con ojos golosos cuando pasamos junto a ella al anochecer.

Las habilidades deductivas de aquel curioso centurión me parecieron bastante meritorias. Y sin embargo, tener ante él a un celtíbero con un enorme pedrusco en la mano y el ceño fruncido no le había hecho asociar ideas. Draco logró esquivar el proyectil en un alarde de agilidad, aunque el escorzo le dejó haciendo equilibrios sobre el embarcadero. Entonces me abalancé sobre él aprovechando su desconcierto.

—Vaya... —Draco asintió con admiración cuando me vio otra vez en pie con la daga que un segundo antes llevaba al cinto—. ¿Quieres jugar? —sonrió mientras se limpiaba el polvo de su túnica corta—. Juguemos entonces.

Yo no habría llamado exactamente «juego» a un lance en el que un adversario exhibe un afilado estilete y el otro simplemente sus puños. Pero no era el momento de discutir pequeñeces ni de hacer concesiones. La primera estocada rozó la manga derecha del centurión rasgando la tela desde el codo.

—¡Bien! —exclamó Draco, dedicando un gesto de aprobación a mi frustrado intento.

Mi segunda tentativa consistió en un tajo cruzado pero mi contrario se lo quitó de encima con un simple giro del torso. La tercera cuchillada la lancé recta pero el filo solo encontró el aire húmedo de una noche estrellada.

—Se acabó la clase por hoy —le oí gruñir a Draco tras cazar mi brazo armado bajo su axila. Después el canto de su mano se abatió sobre mi cuello como el filo de un hacha de acero. A pesar del súbito mareo, traté de zafarme de aquel apretón de oso pardo, pero el centurión de Sertorio ya había decidido acabar con la pantomima. Su puño de hierro estalló sobre mi sien, encendiendo de una vez todas las estrellas del firmamento.

II

Dos cabezas se inclinaban sobre mi cuerpo tundido cuando abrí los ojos, aunque los rasgos de aquellos rostros se me hicieron absolutamente irreconocibles, igual que sus comentarios. Un único sonido, aburrido y monocorde, perforaba como una molesta música de fondo la nebulosa de mi aturdimiento. Solo cuando mis miembros, y sobre todo mis sentidos, retornaron a mi control, distinguí la voz nasal de Adrastos recitando versos en la habitación contigua. Y las caras de mis dos acompañantes: uno era joven, con los pómulos algo salientes y los ojos tristes; el otro peinaba ya hilachas grises sobre un rostro mofletado y, en aquel momento, contrariado.

—Has cometido una estupidez, Kalaitos. —La voz modulada de Placidio iba teñida de una decepción casi presentida—. Una enorme estupidez que ha podido costarte muy cara.

A pesar de ser el rétor quien me hablaba, dirigí mi primera mirada consciente hacia Estibos y lo ensarté con ella unos instantes. El indiketa la sostuvo sin pestañear. Lo cual me hizo pensar que no había sido él el delator. Quizá Draco tuviera razón, después de todo, y la mente de los fugitivos fuera transparente como el agua fresca.

—Te has comportado como un auténtico tontaina —me reconvino nuevamente Placidio usando una palabra que me irritaba sobremanera, pues era la favorita de mi padre para mostrar a diario su desencanto por haber engendrado un hijo al que consideraba atolondrado e inútil.

—¿Acaso buscar la libertad es un signo de estupidez?! —me revolví indignado.

Placidio chascó la lengua con disgusto.

—Libertad..., curiosa palabra —murmuró mientras un acceso de risa agitaba su prominente barriga—. ¿Y dónde pensabas encontrar esa «libertad» de la que hablas? —El rétor me escrutaba con sonrisilla irónica—. ¿Aguas arriba o aguas abajo de Osca?

Hinché mi pecho de la misma vehemencia enrabiada que antes, pero cuando abrí la boca para responder, comprobé que mi furia era ciega. Y mi cuerpo, una ballesta sin flecha. De repente me daba cuenta de que no tenía argumentos que disparar. Porque incluso en el supuesto de haber dejado fuera de combate a Draco, no habría sabido hacia dónde dirigirme. De eso me hacía consciente ahora, y el rétor se daba perfecta cuenta. Aun así, quiso Placidio seguir restregándome los ojos con aquel paño impregnado de ácida realidad.

—¡Responde, vamos! —me urgió—. ¿Habrías marchado aguas abajo hasta acabar en el gran Hiberus y después en el mar, pedazo de cretino? ¿O habrías remado a contracorriente para volver a tu Celtiberia natal? ¿O quizá habrías huido más al oeste, a la tierra de los vacceos?

Bajé la cabeza, abrumado por la precipitación e inmadurez de mis actos. Todos los territorios mencionados por Placidio estaban en manos de Sertorio, incluida mi amada Celtiberia. Mi padre había sido uno de los pocos gobernantes hispanos en oponérsele. Pero ahora, incluso Contrebia Leucade contaba con una fuerte guarnición sertoriana y un gobernador romano llamado Lucio Insteyo.

—¿O acaso habrías pensado pasarte al bando *optimatus*? —me espetó el rétor en una regañina que parecía interminable—. Para eso —ironizó— tendrías que haber caminado muchas millas, y aun así no te habría sido fácil encontrar un ejército enemigo en el que poder alistarte. Solo el «procónsul fantasma» Cecilio Metelo anda por ahí escondido en algún lugar de la Bética con un puñado de hombres sin atreverse a asomar la nariz de su guarida. Hispania entera está ya en manos de Sertorio —afirmó Placidio aplacando levemente su ira.

Levanté la mirada cuando el rétor terminó su abrasivo discurso.

—No pretendía pasarme a ningún bando —me defendí—. No trataba de unirme a ningún ejército para luchar contra Sertorio. Ni siquiera distingo a unos romanos de otros —añadí—. Tan solo quería huir de aquí. Ser libre otra vez.

Placidio resopló con fuerza, como si explicar obviedades a un tonto le resultase un trabajo agotador.

—¿Ser libre otra vez? —se carcajeó en mi cara—. Hace mucho tiempo que nadie es libre en Hispania —dijo—. Hace siglos que nadie es libre en el mundo conocido —añadió con aire sombrío—. Hace una eternidad que todos somos siervos de los romanos —afirmó aquel hombrecillo, súbitamente apesadumbrado.

Sopesé unos instantes las palabras de Placidio y se me ocurrió que, efectivamente, el rétor estaba otra vez en lo cierto. Muchas veces la sensación de libertad puede confundirse con la simple «familiaridad», igual que debe de pasarle al buey viejo después de vivir toda una vida encerrado en un establo. Echaba de menos, es cierto, la vida en mi ciudad natal: mi casa, mi familia, los paseos junto al río... Pero el hecho de poder circular sin estorbo por las calles de Contrebia y celebrar cada mes nuestra fiesta del Plenilunio no nos convertía en hombres libres. Mi propio padre, como mandatario de la ciudad, era el encargado de recaudar entre sus conciudadanos los tributos que Roma nos imponía. Antes lo había hecho mi abuelo y después me habría tocado a mí.

—Tu historia es la mía propia. —Placidio colocó su mano sobre mi hombro—. Tu historia, Kalaitos, es la de todos nosotros —afirmó mirando también a Estibos y a Adrastos, que acababa de entrar en el dormitorio—. A todos nos ha aplastado la bota implacable de Roma. —El rétor sonrió con inusitada tristeza—. Pero ya que su supremacía militar es indiscutible..., elijamos al menos a qué amo queremos servir.

Zarandeeé la cabeza confundido mientras intentaba colocar a unos y a otros en el lugar correcto de un tablero con demasiados cuadros.

—Pero Adrastos y tú sois... sois... —objeté aturdido.

—Somos griegos.

—¿Griegos?

—Los dos somos refugiados atenienses —dijo antes de ponerme al día de unos hechos de los que no habíamos tenido conocimiento en la Celtiberia, y quizá tampoco en el resto de Hispania.

Al parecer, Grecia se había rebelado contra el poder establecido, es decir, contra la Roma de Cornelio Sila, hacía cosa de diez años. A la hora de la verdad, sin embargo, solo Atenas mantuvo el pulso cuando las temibles legiones consulares aparecieron en el horizonte. Las demás polis volvieron mansamente al redil sin disparar una flecha. El asedio de la ciudad duró cinco meses, exactamente hasta el primero de las calendas de marzo. Entonces llegaron la masacre, el expolio, la destrucción de templos y ágoras, y el silencio forzoso de los filósofos. Algunos de estos hombres sabios no pudieron soportar la visión de aquella hecatombe y decidieron huir de la brutalidad y la represión del general optimato al reino de Mitrídates VI, el único soberano del mundo capaz de oponerse a Roma con ciertas garantías de éxito.

Solo una pregunta se me ocurrió después de aquella narración de guerra y peripecias:

—¿Y por qué no habéis continuado al lado del rey Mitrídates, si es un enemigo tan formidable para Roma?

Los dos griegos intercambiaron una curiosa mirada que posiblemente llevaba aparejados recuerdos de antaño. Placidio se encogió de hombros.

—El reino del Ponto no era un mundo «suficientemente» civilizado para dos hombres como nosotros —arguyó por toda justificación para abandonar un lugar seguro y venir a una ciudad como Osca, o como Bolskan, y tomar partido por un general «íntegro». Porque así es como Placidio definió a Sertorio. Aun así, las diferencias entre mandatarios romanos seguían siendo para mí un enigma de lo más inextricable. Por eso, mi segundo interrogante también parecía lógico:

—¿En qué se diferencia Quinto Sertorio del hombre que asoló Atenas si ambos son generales itálicos?

El rétor de la academia agitó las manos enérgicamente en clara demostración de que entre ambos personajes no existía ningún parecido, aparte de llevar espada y vestir armadura.

—Sila era un dictador que afortunadamente ya pasó a mejor vida —afirmó Placidio—, un hombre brutal y despiadado que instauró el régimen del terror, proscribiendo, persiguiendo y ejecutando a todos los senadores populares que se le opusieron. El mismo Sertorio tuvo que escapar a la Mauritania para evitar ser asesinado por su enemigo político. Pero ahora ha vuelto —el rétor hizo otra pausa en la que analizó cada uno de mis parpadeos—, y con un ejército de soldados hispanos se propone retornar a Roma y librarla de las garras de los herederos de Sila y de la corrupción reinante.

Intenté digerir de la manera más objetiva tan arduas explicaciones. Sin embargo, la voz enronquecida de mi progenitor muerto siempre acababa por encontrar un resquicio en mi aturullada mente.

—Mi padre siempre afirmó que Sertorio era un lunático sin futuro —argüí—. Un oportunista que solo buscaba engatusarnos en su propia guerra a cambio de zarandajas, para luego apretarnos la soga como cualquier cónsul romano de turno.

—Tu padre obró honestamente —me interrumpió el rétor recordando la destemplanza del principio—, y eso le honra. Fue un buen gobernante, pero se equivocó a la hora de elegir. Erró al apoyar al hombre que saqueó el santuario de Delfos, arrasó el Ática y destruyó la Academia Platónica donde Adrastos y yo impartíamos clases.

Vi cómo los dos griegos apretaban los puños al recordar unos acontecimientos, sin duda, poco gratos.

—Sertorio no es como Sila —abundó el ateniense errante—. Él no es un optimate; es decir, no es un aristócrata que haya nacido ya bañado en riquezas. Sertorio es un plebeyo, un hombre del pueblo. Un militar humilde y austero que pretende establecer una nueva relación entre Roma y sus provincias. ¿Para qué esta academia —Placidio abrió los brazos al cielo— si no tuviera voluntad de ayudaros a salir de la barbarie a todos los hispanos?

Nada le rebatí, aunque se me ocurrían un par de cosas. Tan solo cuestioné lo más obvio:

—¿Y todo eso que has mencionado antes piensa conseguirlo Sertorio simplemente con un ejército de soldados hispanos?

El rétor no respondió de inmediato. Pareció quedarse meditando la complejidad de un dilema que, en realidad, solo tenía dos respuestas posibles: sí o no.

—Con ellos... y con su ingenio militar —sostuvo finalmente el sabio griego tras medir cuidadosamente sus palabras—. Por lo pronto ya domina Hispania, y también los aquitanos de la Galia se han sumado a su causa. A la Roma optimate —añadió con ojos soñadores— no le será fácil enviar ayuda por tierra. Ahora, Kalaitos —solicitó repentinamente—, adécéntate un poco antes de salir a la calle.

Placidio pareció dar por terminaba la charla y se dio la vuelta con intención de abandonar el dormitorio. Adrastos, sin embargo, lo tomó por el brazo y le dijo algo en su idioma. Ambos se enzarzaron entonces en una breve discusión en aquella lengua extranjera hasta que el criterio del rétor pareció imponerse al del gramático.

—Me pregunto qué habrán hablado esos dos —le comenté intrigado a mi compañero de dormitorio cuando ambos nos quedamos solos. Todavía no me había acostumbrado a ser mudo testigo de conversaciones ininteligibles.

—Adrastos le ha advertido de la conveniencia de mantenerte amarrado a la cama todavía unos días para evitar una nueva fuga, pero Placidio, al parecer, confía en ti, y se ha mostrado contrario a tal medida —me explicó Estibos tranquilamente.

—¿Me estás tomando el pelo?! —le pregunté, volviéndome hacia él con la velocidad del relámpago.

—No —sonrió—. Entiendo ese idioma. En Indika, todos hablamos griego.

Mientras trataba de rascar de mi *sagum* los lodos pestilentes de la alcantarilla, Estibos me explicó que su tierra había recibido la visita de los griegos mucho antes que la de los romanos. Al parecer, la ciudad de Emporion —fundada por comerciantes fóceos— estaba separada por un simple tabique de la capital indiketa. Con el tiempo, iberos y griegos decidieron compartir espacios e incluso construir murallas y defensas comunes. No era de extrañar, pues, que todos los niños nacidos en la ciudad hispana aprendieran desde la cuna no solo el idioma ibero, sino también el griego y el latín.

Placidio vino a buscarnos a los pocos minutos. Mientras desfilábamos fuera de la academia por su puerta principal, pude advertir los ojos llenos de envidia de los alumnos de Adrastos. Para los pequeños hispanos no habría paseo aquella mañana; tan solo aburridas lecciones de gramática latina y algún que otro cachete si su atención menguaba más de la cuenta. El propio gramático lanzó a su colega una mirada de desaprobación cuando nos vio salir ale-

grememente. Un dardo envenenado que el obeso rétor ignoró con total displicencia.

Oscá nos saludó con un día brillante de otoño. Y con una amalgama de olores y ruidos que Placidio se propuso evitar, al menos en un principio. Por eso optó por tomar la dirección opuesta a todo aquel estridente pandemonio, haciéndonos rodear la ciudad en el mismo sentido que yo había seguido al intentar la fuga, aunque sin llegar hasta la muralla. Supuse que Estibos ya conocía aquellos barrios periféricos; para mí, en cambio, se trataba del primer contacto diurno con una auténtica urbe romana. Me sorprendieron gratamente aquellas viviendas achatadas a las que Placidio llamaba «*domus*», arropadas en torno a un patio central, y que en algunos casos contaban incluso con un bonito jardín trasero.

—Aquí vive la gente más pudiente —me informó Estibos mientras a mi mente volvía el recuerdo del borrachín noctámbulo cuya lustrosa túnica mostraría hoy los signos inequívocos de la violencia, si es que aquel hombre había sobrevivido al garrotazo.

—No todo el mundo puede permitirse una casa así, tan solo los magistrados y los comerciantes más ricos —me aclaró Placidio cuando llegamos a la puerta oeste, la misma por la que habíamos entrado a la ciudad la noche anterior—. He aquí el *decumanus maximus* —dijo, refiriéndose a la amplia avenida que discurría en dirección este y que Draco no había querido recorrer con nosotros.

A medida que avanzábamos por aquella calle, ancha y empedrada, las espaciosas casas con patio y jardín fueron dejando paso a otro tipo de construcciones mucho más modestas y funcionales. Unos edificios plurifamiliares de varias plantas de altura donde las viviendas, a menudo minúsculas, se apretujaban como celdas de abeja y recibían el curioso nombre de *insulae*. Aquellos barrios cada vez más céntricos y sus ruidosos moradores nos trajeron también el estruendo cotidiano de la gran ciudad. «El fragor de la vida», lo llamó Placidio cuando llegamos al final del *decumanus maximus* y penetramos en el foro de Oscá.

—Este es el corazón de la ciudad —me explicó Placidio casi a gritos para imponer su voz al clamor estridente de aquella enorme plaza rectangular— ¿No es paradójico? —preguntó después volviéndose a sus dos pupilos.

—¿El qué? —contestamos al unísono Estibos y yo.

Placidio frunció los labios en un claro mohín de desencanto ante la escasa clarividencia de sus dos únicos alumnos.

—¿No es acaso paradójico —repitió desplegando su mirada en derredor— que los romanos sigan llamando a esta zona «foro», que viene a significar «afueras» o «extrarradios», cuando se ha convertido en el núcleo de sus ciudades?

El rétor nos aclaró a continuación que el nombre venía de lejos, de cuando artesanos y agricultores vendían sus productos en los arrabales y no en el centro de las urbes, como ocurría ahora. Aquel, sin embargo, era un día de mercado, y el foro de Osca bullía como una marmita burbujeante. Apiñados alrededor de los puestos, los clientes —principalmente mujeres— adquirían verduras y comestibles a voz en grito. Nada tenía precio fijo, observé; aunque para mis sentidos, lo más llamativo eran los efluvios embriagadores que escapaban de algunas *tabernae* situadas en los pórticos de la plaza. Unos aromas a carne asada o simplemente a pan recién horneado que habrían podido revivir a un muerto, y yo casi lo era en aquellos momentos.

—Maestro, hoy no he desayunado —me atreví a apuntar, interrumpiendo la cantinela del rétor—, y ayer Adrastos tampoco nos permitió probar bocado a nuestra llegada...

Placidio andaba enfrascado hablándonos de la curia, el edificio levantado justo enfrente de aquellos soportales de fragancias inenarrables, y que acogía al Senado de Osca, el órgano máximo de gobierno de la ciudad. La norma, afirmó el griego, era contar con entre cincuenta y cien magistrados, según la importancia de la urbe. El de Osca, sin embargo, tenía ya casi trescientos miembros, y todavía esperaban a «algunos desperdigados más de última hora», dijo.

—Allí podrás reponer fuerzas —se apiadó de mí el rétor, apuntando con su dedo hacia el extremo norte del foro donde se alzaba precisamente el templo de Vesta.

—Pero, maestro... —exclamé compungido cuando me asomé al puesto en el que Placidio pretendía obtener mi sustento de aquella mañana.

—La frugalidad es la clave del pensamiento claro —me aleccionó mientras pagaba y me tendía después un manojo de rábanos.

La hortaliza romana me supo exactamente igual de insípida que la celtíbera. Mis tripas rugientes habrían aceptado de mejor grado un pedazo de carne asada, pero, a falta de otra cosa, los ojos pronto se me fueron al edificio que teníamos delante: el templo de Vesta. En su tupida columnata divisé un grupo de chicas de mi edad. Todas jóvenes, todas bellas, todas vestidas en inmaculada seda blanca y peinadas con admirables trenzas que aún realzaban más el brillo trigueño de sus cabellos.

—No es buena idea apuntar el arco hacia donde no podrás disparar tu flecha —le oí decir al maestro griego al verme contemplar boquiabierto a aquellas muchachas de Osca—. Son sacerdotisas vestales, todas vírgenes, y por muchos años —me aclaró riendo Placidio—. Su función es mantener siempre encendido el Fuego Sagrado de Vesta.

—¿Y para qué? —fue la única pregunta que se me ocurrió. Al fin y al cabo, encender una fogata cuando hace falta está al alcance de cualquiera con dos dedos de frente.

Placidio se llevó las manos a la cabeza en un cómico gesto de ofuscación.

—¡Oh, por Zeus! —exclamó el griego sin abandonar aquel gesto de sarcástico horror—. Gravísimos infortunios se abatirían sobre Osca e Hispania entera si la llama se apagase en algún momento.

—¿Y no hacen nada más? Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —me interrumpió el rétor dándome un manotazo—, y no, no hacen nada más. Bueno, sí —Placidio pareció meditar—, a veces intervienen en sacrificios y en algunas celebraciones, como pronto podrás comprobar. Pero aparte de eso..., su vida no tiene mucho de particular.

Estibos apenas había abierto la boca en todo el paseo. El indiketa parecía una persona más dada a la reflexión que al exceso verbal. Por eso creo que debía de llevar varios días, quizá semanas, rumiando su sorprendente pregunta.

—Maestro... —apenas murmuró.

—¿Qué te sucede, Estibos?

—Hay una cosa que no logro entender por mucho que le doy vueltas...

—¿Y qué es?

—¿Dónde están los iberos de Bolskan? ¿Dónde viven ahora los habitantes que fundaron esta ciudad?

Estibos seguía siendo reticente a emplear la palabra latina. De cualquier manera, su martillazo había dado en el clavo. Así me lo pareció por el silencio meditabundo de nuestro maestro. A decir verdad, cualquiera que recorriera Osca durante un rato, notaría la total ausencia de moradores hispanos en sus calles. Si alguna vez hubo iberos en aquella ciudad, o bien se habían extinguido de manera extraña o habían huido de sus hogares hacía muchos años.

—Es obvio que viven en otros lugares —respondió Placidio de manera excesivamente lacónica como para aplacar las dudas de su pupilo.

—¿Qué lugares?

El rétor se frotó el mentón como si tratara de recordar tiempos arcaicos. Una época que, evidentemente, él tampoco había vivido. Pero que adivinaba por experiencia y sabiduría.

—Hay que reconocer —afirmó con sonrisilla aviesa— que los romanos tienen una enorme facilidad para hacer incómoda, incluso imposible, la vida de sus vecinos, sean quienes sean.

—¿Los iberos de Bolskan tuvieron que marcharse para dejar sitio a los romanos? —se sorprendió un siempre flemático Estibos.

El griego negó despacio.

—Las cosas nunca suceden tan de repente —explicó—. Los nativos de esta ciudad no fueron forzados a dejar sus casas, pero está claro que, poco a poco, han ido prefiriendo asentarse en otros poblados del llano, o en pequeños castros más o menos cercanos.

—Pero siempre lejos de los invasores —añadí yo de mi propia cosecha.

Placidio me miró como se mira a una mula terca.

—Siempre manteniendo una distancia que permita la comodidad de ambos pueblos —me corrigió.

Dejamos a un lado el templo de Vesta y su residencia de sugerentes vírgenes para enfilar el *cardo maximus*, la otra avenida principal de Osca, perpendicular al *decumanus maximus* y también confluyente en el foro. Aquí, las voces femeninas que rodeaban los puestos de comestibles fueron dejando paso a otras más varoniles y recias. Y es que ahora zapateros, sastres, quincalleros, joyeros y otros gremios plagaban los bajos de las *insulae* entre las que paseábamos. Placidio se detuvo frente a uno de estos establecimientos. «TONSOR», rezaba un enorme cartel en su puerta. Estibos y yo nos miramos alarmados.

—¿Van a cortarnos el pelo? —pregunté asustado.

—Efectivamente —nos confirmó nuestro maestro—. Ya no podéis ir por ahí con esa pinta de bárbaros.

El indiketa y yo nos miramos consternados, contemplando por última vez nuestra imagen silvestre. Ambos gastábamos el cabello largo, como todos los hijos salvajes de Hispania. En la Celtiberia, al menos, era normal mostrarse en público con el pelo encrespado o hasta media espalda; e incluso sujetarlo en caso de necesidad con una cuerda en una destartada coleta.

El barbero no tuvo ningún miramiento con nuestras desgredadas melenas. En cuestión de minutos, Estibos y yo calcábamos el aspecto de dos refinados jovencitos itálicos; o eso pensábamos nosotros, pero no Placidio.

—Aféitalas también la barba —ordenó al *tonsor* cuando ya nos creíamos listos.

La navaja de aquel hombre resultó un utensilio desconocido para mí, pues los celtíberos no solíamos rasurarnos el mentón, y quien lo hacía simplemente necesitaba un cuchillo bien afilado. Nuestra sorpresa no acabó, sin embargo, ahí. Tras pagar al barbero, el rétor recogió los restos de nuestros respectivos bozos y los envolvió en sendos paños que guardó en un bolsillo de su toga. Al preguntarle por aquella curiosa maniobra, él se encogió de hombros y musitó «cosas de los romanos».

También era cosa de romanos vestir toga y no *sagum*. Por eso, la siguiente *taberna* en la que entramos fue una sastrería. Allí, un tal Arcadio se frotó las manos mientras nos tomaba medidas.

—Maestro, ¿por qué los alumnos de Adrastos visten de distinta manera? —se me ocurrió preguntar al ver que Placidio y el sastre manejaban telas blancas para nuestras futuras indumentarias.

—Estibos y tú ya no tenéis edad para llevar la *praetexta* —respondió.

Recorrimos el *cardo maximus* en toda su longitud hasta la puerta norte. Entonces giramos a la derecha y volvimos a la academia tras rodear las enormes cisternas que abastecían con agua del Iseola gran parte de la ciudad. Aunque ya era la hora del *prandium*, los pequeños aprendices de Adrastos todavía no se habían sentado a la mesa. Permanecían en el aula, sentados en el suelo, manipulando grandes letras de madera tratando de formar palabras y oraciones con cierto sentido. Los romanos adultos, me explicó Placidio cuando accedimos al comedor —sin duda para que no me sorprendiese el día en que me tocara verlo—, comían recostados sobre sus camas. Sin embargo, aquella postura todavía no era procedente para neófitos como nosotros.

Los dos maestros griegos comieron en mesa aparte. Ambos se hicieron servir sendos platos de asado todavía humeante. A nosotros, por el contrario —grandes y pequeños sin distinción—, nos tocaron raciones más comedidas, a base de verduras hervidas y un trozo de carne fría por cabeza. Después, se nos ofreció una pieza de fruta mientras Adrastos y Placidio se ponían a vaciar vasos de vino en medio de una divertida charla en su idioma. Estibos, que ya dominaba mejor que yo aquellas costumbres, me informó de que los romanos —y al parecer también los griegos romanizados— dejaban los licores para el final porque estos, según dicen, adormecen los paladares, desvirtuando el sabor de los alimentos.

—Estibos... —empecé a decirle al indiketa mientras contemplaba cómo nuestros dos maestros se dejaban caer gozosamente en los brazos de Baco.

—¿Qué ocurre, Kalaitos?
 —Quiero que me enseñes griego.
 Mi compañero de academia dio un respingo.
 —¿Para qué?!
 —No me gusta perderme nada de lo que se dice a mi alrededor
 —esgrimí por toda justificación.
 —No... no voy a poder hacerlo —balbució Estibos.
 —¿No puedes? ¿Por qué?
 —Porque los romanos no quieren que lo aprendamos. Yo lo hablo
 porque nací al lado de una colonia griega —arguyó asustado—, pero
 a quienes lo saben les está prohibido enseñarlo.
 —No te entiendo, Estibos.
 El joven ibero me miró con una mezcla de tristeza e impotencia.
 —El griego es su arma secreta contra los nativos de sus provin-
 cias.
 —¿Cómo?
 Estibos suspiró ante mi profundo desconocimiento.
 —Ningún hispano, ni galo, ni germano, ni nadie en sus territorios
 conquistados es capaz de entender esta lengua. Por eso los mandos
 romanos la usan para comunicarse entre ellos sin temor a que sus
 mensajes sean interceptados ni siquiera por sus propios aliados.
 —Ya —asentí—. Aun así, quiero que me enseñes ese idioma.
 Nadie va a enterarse.
 —Está prohibido, Kalaitos.
 —Las leyes romanas no rigen para los celtíberos.
 Estibos sonrió ante lo inevitable.
 —¿Todos los de tu raza sois así de tozudos?
 —Lo mío debe de ser cosa de familia —le dije mientras recordaba
 a mi padre y su manera de afrontar los problemas.
 Aquella tarde, Placidio y Adrastos la pasaron durmiendo, pero
 antes de derrumbarse sobre sus jergones a purgar los vapores del
 vino, nos ordenaron a Estibos y a mí cuidar de los más pequeños.
 Ellos, dijeron, pensaban «meditar» un rato. A los primeros ronquidos,
 sin embargo, todos los ocupantes despiertos de la Academia de La-
 tinidad escapamos al río. Allí, mientras los cachorrillos hispanos ca-
 zaban las últimas ranas de un verano ya extinguido, Estibos me
 informó de algunos aspectos de Osca todavía desconocidos para mí.
 Desde el primer instante me había extrañado la casi total ausencia
 de soldados en su interior, a excepción de los retenes de guarda de
 las puertas y otros custodios en edificios importantes. Mi compañero
 indiketa me explicó que existía un campamento a varias millas de la
 ciudad, pero muy pocos legionarios entraban en Osca, tan solo quie-

nes andaban de permiso. Aquella, afirmó, era una decisión de Sertorio: el militar romano no deseaba que sus tropas acamparan dentro de los *oppida* hispanos. Por norma general, un exceso de soldadesca solo traía problemas y amargas quejas de los locales. El mismo Quinto Sertorio había plantado sus cuarteles de invierno en un lugar llamado Castra Aelia, en la desembocadura del río Salo.

—¿Y no va a venir a Osca en todo el invierno? —pregunté a quien parecía saber más que yo de casi todo.

—Placidio dice que no tardaremos en verlo —respondió el indiketa—. Ahora está ocupado reclutando tropas frescas para la próxima campaña.

Las últimas palabras de Estibos no habían sonado muy halagüeñas, y así se lo dije.

—¿Próxima campaña? ¿No está ya toda Hispania pacificada?

El ibero torció el gesto.

—Casi toda. No obstante el rétor piensa que Roma no se quedará quieta. El peligro que supone Sertorio es demasiado grande como para dejar que su poder crezca como una bola de nieve rodando ladera abajo. Por cierto... —Estibos pareció dudar un segundo—, ¿vas a intentar escapar de nuevo?

No necesité meditar demasiado mi respuesta. Placidio me había hecho consciente de mi torpeza. Me había hecho paladear y tragar finalmente las hieles de una realidad incontestable.

—No —le dije—. No tiene sentido. Me he dado cuenta de que si el destino ha decidido atropellarte, lo hará de todas maneras, vayas donde vayas. Y aquí, por lo menos, hay buenas murallas.

Dos voces recriminatorias nos hicieron volver la cabeza. Eran las de Placidio y Adrastos lanzando improperios en latín y griego. Ambos maestros bajaban la cuesta que conducía al Iseola despendolados, haciendo cómicos aspavientos. Presas de un monumental enfado que al principio quizá solo hubiera sido pánico tras despertar en una academia vacía. Porque una fuga masiva de alumnos habría desatado, sin duda, la ira de Sertorio.

—¡Malditos renacuajos analfabetos! ¡Ya podéis despediros de la cena! ¡En su lugar, pasaréis la noche entera conjugando verbos! —amenazó el gramático a sus alumnos más jóvenes.

Los iberos quizá le entendieron, pero no los de mi tierra. Por eso les traduje aquella terrible amenaza sin que Adrastos se diera cuenta.

—¡*Nekue litom!* —gritó uno de los rapaces celtíberos.

Adrastos se revolvió enfurecido.

—¡¿Qué diablos has dicho, mequetrefe?! ¡No vuelvas a usar ese idioma bárbaro en mi presencia!

Otro chiquillo entonó entonces el mismo grito. Y después otro, y a continuación muchos más. Incluso los iberos se unieron riendo a una cantinela que no comprendían pero que les sonaba a rebelión en ciernes.

—¿Qué están diciendo, maldita sea? —Adrastos se volvió a mí como único recurso.

—Dicen que no es justo lo que les haces.

—¿Que no es justo?! —El iracundo gramático se introdujo en el río hasta las rodillas y avanzó a grandes trancos hacia la zona donde los arrapiezos hispanos cazaban ranas—. ¡Yo les explicaré a estos mocosos lo que es justo! —exclamó hecho un basilisco.

El primer cachete del griego aterrizó sobre una cabeza ibera. El segundo, sin embargo, marró su objetivo debido a un ágil escorzo de la víctima. Aquella falta de acierto desequilibró a Adrastos, quien tras un cómico molinillo dio con sus huesos en el cauce del río.

Las carcajadas de todos los presentes no impidieron que Estibos y yo escucháramos los comentarios de Placidio dirigidos a su colega, aunque, obviamente, yo no entendí nada.

—¿Qué le ha dicho? —le pregunté a mi compañero, y ahora también maestro.

El indiketa repitió la frase, en su primera lección de griego, y luego la tradujo.

—Es el destino irremediable de todos los tiranos acabar antes o después haciendo el ridículo.

III

No fueron días exactamente divertidos los quince siguientes. Placidio nos retuvo enclaustrados en la academia desde el alba hasta el anochecer, sin apenas recesos ni tiempo para ir a las letrinas. Desde la incomodidad pétrea de nuestros taburetes descubrimos en aquellas horas eternas la figura inigualable de un tal Homero. Un personaje a quien Placidio admiraba profundamente y al que llamó «educador de toda Grecia», pues sus obras contenían «todo», absolutamente todo, lo que un hombre debe saber para convertirse en persona civilizada y dejar de ser un bárbaro.

El rétor no cejó hasta que sus dos pupilos fuimos capaces de reproducir *La Iliada* de principio a fin, casi de memoria y sin pausas. Afortunadamente, Adrastos se presentó con un paquete bajo el brazo en la mañana de nuestra decimoquinta jornada de encierro, justo antes de que Placidio tuviera tiempo de iniciar su sesión de tortura: el estudio de *La Odisea*, otra de las obras imprescindibles de Homero. Aquel mismo mediodía vimos por fin la luz del sol, aunque de manera controlada.

En perfecta formación, todos los integrantes de la Academia de Latinidad nos dirigimos al templo de Vesta siguiendo obedientemente la estela de nuestros líderes.

—Hoy recibiréis vuestras togas definitivas —nos informó por el camino.

—¿Qué togas, maestro? —preguntó Estibos, quien al parecer ya no recordaba nuestras probaturas ante el sastre.

—La *toga virilis* —le informó Placidio—, la que marca el teórico inicio de vuestra madurez física e intelectual.

—¿Y tanta parafernalia para celebrar que Estibos y yo ya somos... adultos? —no pude por menos que susurrarle al rétor cuando ya divisábamos la escalinata del templo y a todo el público congregado en sus cercanías.

Placidio se encogió de hombros y exhibió la sonrisilla sardónica que acostumbraba cuando alguna cuestión «de altura» escapaba a su control. Y a su lógica.

—Cosas del calendario religioso de Osca. —Se encogió de hombros.

—¿Qué calendario?

—Cada ciudad romana —me explicó— cuenta con su propio calendario de actos religiosos, y al parecer el de Osca anda un poco escaso

de contenido. —Placidio sofocó como pudo un acceso de risa—. De ahí que el *pontifex maximus* os haya elegido a vosotros como excusa para hacerse ver en público.

El máximo pontífice respondía al nombre de Tito Claudio Aufidio, posiblemente el ser humano más obeso que yo hubiera visto jamás en mi vida. Además de aquella gordura anómala, el sacerdote gastaba los ojos bovinos y las mejillas desmoronadas. También era calvo como una calabaza, una circunstancia que aquel hombre trataba de disimular plegando sobre la cabeza un ala de su estrafalaria *toga trabea*.

—No me gusta ese hombre —musité por lo bajo.

Placidio volvió a mostrarse irónicamente misterioso.

—Oh, no te preocupes por eso —arguyó sin abandonar el sarcasmo—. Hay mucha gente en Osca que no va a gustarte.

Quienes sí me agradaron fueron las vírgenes que habían salido a recibirnos al peristilo de su templo. Había seis y todas eran altas y esbeltas, más o menos de mi edad, con unos cuerpos tan perfectos que daba grima pensar en toda la vida que su curiosa profesión iba a escamotearles durante un tiempo para mí desconocido.

—¿Cuánto tiempo sirven las vestales? —le pregunté entonces a Placidio.

—Treinta años.

—¡Por todos los rayos de Tarannis! —Me estremecí—. Eso es una condena a perpetuidad...

El rétor se encogió de hombros.

—Para muchos padres es un honor y a la vez un alivio entregar a sus hijas al templo de Vesta a los seis u ocho años.

—¿Ah, sí?

Placidio exhibió otra vez aquella mueca socarrona que empezaba a caracterizarle.

—Claro, ¿acaso te extraña? El Estado corre con todos los gastos de estas chiquillas durante no menos de tres décadas. ¿Quién no se apuntaría?

—Aquella debe de estar ya a punto de cumplir sus votos —le dije señalando a la mujer que parecía dirigir los movimientos del grupo y se cubría la cabeza con una aparatosa ínfula blanca.

—Aquella es Velina Diadora, la suma vestal —me explicó el griego—. Y no creo que tenga intenciones de abandonar el cargo tan fácilmente.

Mi maestro no tuvo tiempo ya de continuar con sus explicaciones, porque los protagonistas de todo aquel protocolo fuimos instados a subir la escalinata y unirnos al nutrido grupo de sacerdotes y vestales que aguardaban tras las columnas. El templo de Vesta —advertí

desde la puerta— era de forma rectangular, con un techo relativamente bajo dotado de un orificio central por el que extraer el humo del fuego sagrado.

—¿No vamos a celebrar el acto a los pies de Vesta? —le pregunté a Placidio al ver que los preparativos para la ceremonia se hacían en el mismo peristilo.

—Nadie puede entrar en el templo, a excepción de las vírgenes y su superiora —me explicó—. Además, ahí dentro no hay diosa ni nada que se le parezca.

—¿Ah, no?

—Los romanos apenas fabrican estatuas o efigies de sus dioses —me explicó—, porque según ellos no hace falta. Sus deidades son omnipresentes y están por todas partes. ¿Es que no puedes sentir ya su influencia? —El griego volvió a contener la risa.

El rito se inició con el sacrificio de un chivo viejo. Dos de los sacerdotes ayudantes lo sujetaron por las patas y a continuación el *pontifex* le golpeó en pleno testuz con una pesada maza.

—Más vale que el bicho muera pronto —me susurró Placidio—. Lo contrario sería signo de mal agüero.

El chivo cayó a la primera. Después, el propio pontífice exhibió un enorme cuchillo de hierro y procedió a degollarlo tranquilamente. No hubo más carnicerías ni espectáculos. Comparado con los cruentos sacrificios de mi Contrebia natal, donde nuestro brujo escarbaba en las entrañas del animal y arrancaba después sus vísceras palpitantes, el rito romano se me antojó casi tedioso. Y así debió de parecerle también a Estibos a juzgar por su cara de aburrimiento.

Hasta aquel momento, el papel de las vírgenes no había pasado de ser meras espectadoras. Dos de ellas, sin embargo, aparecieron ahora con sendas vasijas humeantes. Por un instante pensé que la celebración terminaría —para protagonistas y asistentes— con el disfrute de un buen plato de gachas de trigo, pues eso era lo que contenían los recipientes. Entonces Placidio se adelantó y sacó del bolsillo los paños en los que transportaba los restos de nuestra primera barba. Aufidio fue el encargado de echar a perder aquella *mola salsa* esparciendo sobre ella el contenido de los pañuelos y vertiendo después el guiso sobre el chivo muerto.

Adrastos, ceñudo y vigilante, transportaba las nuevas indumentarias preparadas por el sastre: la reluciente *toga virilis* que Estibos y yo íbamos a vestir a partir de aquel instante. Sin embargo, el tránsito del *sagum* celtíbero a la elegante prenda romana no iba a resultar tan sencillo. Aufidio repartió la sangre casi coagulada del chivo en dos hornacinas y las entregó a dos de las vestales, que rápidamente se colocaron frente

a los candidatos. A Estibos le tocó una virgen de aspecto frágil y desprotegido. A mí me encaró una muchacha de ojos resueltos, provocativos, con cabellos claros y un cuerpo vibrante que habría prometido emociones inenarrables.

Ambas vírgenes se arrodillaron a nuestro lado, portando cada una de ellas el cuenco lleno de sangre. A una señal de Aufidio, las muchachas procedieron a frotar aquel caldo todavía tibio sobre nuestros cuerpos. A Estibos, su vestal empezó restregándole los brazos y hombros. La mía escogió los tobillos, subiendo muy despacio hasta las rodillas.

—¡A mis pies yace el cuerpo de un animal maléfico e impío! —barbotó el *pontifex*, refiriéndose al pobre bicho muerto—. ¡Impura e imperfecta es, pues, su sangre, como lo es la de quienes no han alcanzado todavía la madurez absoluta!

Sentí las manos ágiles de la virgen arañar la parte interior de mis muslos por debajo del *sagum*. La miré un instante en mitad de aquel sugerente cosquilleo. Sonreía. Jadeaba incluso a través de unos labios ligeramente entreabiertos.

—¿Te gusta? —La voz meliflua de la vestal doblgó por un instante la cháchara hueca de Aufidio—. Me llamo Emilia —añadió, insinuante.

El *pontifex* hizo un último llamamiento al público que rodeaba la escalinata. Pero apenas fui consciente de ello. Sus letanías se iban desvaneciendo dentro de mi cabeza a la misma velocidad que algo crecía bajo mi *sagum*. Emilia se puso en pie rozando sin rebozo mi cuerpo trémulo. Después procedió a embadurnarme los brazos pegada a mi cuerpo, sintiendo el contacto de mi miembro erecto sobre su bajo vientre. Respirando mi aliento entrecortado sin despegarse un ápice. Una inesperada orden del *pontifex* hizo que dos sacerdotes menores nos arrancaran nuestras viejas ropas de un solo golpe.

La carcajada del público alertó a Aufidio. De otro modo, el máximo pontífice quizá no se hubiera dado cuenta, al igual que Placidio. No obstante, el rétor fue el primero en reaccionar.

—¡Por todos los dioses del Olimpo, Kalaitos! —exclamó alarmado—. ¿Quieres hacer el favor de taparte... *eso*?

Aufidio fulminó a Placidio con una mirada reprobatoria mientras el público asistente atronaba el foro de Osca con sus risas. El griego compuso una mueca que aunaba la impotencia y la ignorancia a partes iguales. Después se volvió a Adrastos para indicarle que entregara las togas a las dos vestales. Fueron ellas las encargadas de ceñir aquellas enormes piezas de tela a nuestros cuerpos, lo cual no resultó una tarea exactamente sencilla.

—¿Qué hace una virgen cuando no está atizando los leños de Vesta? —le pregunté a Emilia mientras sus brazos permanecían enredados sobre mi cintura con los extremos de la toga.

—Esperar príncipes —contestó sin dejar de mirarme.

—¿Romanos o hispanos?

—Tanto da si son valientes.

—Yo soy un príncipe celtíbero —le dije mientras me anudaba los cabos sueltos de mi futura indumentaria.

Emilia clavó sus ojos castaños en mis pupilas brillantes.

—Un príncipe sin reino, entonces —dijo—. Pero no importa —añadió enseguida—, mientras demuestre tener coraje.

—¿Por qué no me dijisteis que no llevabais ropa interior? —Al rétor se le notaba enojado por el ridículo vivido en la escalinata del templo. El sastre de Osca, en cambio, se frotaba las manos mientras tomaba medidas con las que elaborar los nuevos paños que iban a cubrir nuestras partes pudendas.

Estibos y yo nos encogimos de hombros.

—No nos preguntaste, maestro. Ningún hispano lleva nada debajo de su *sagum*. ¿Para qué habría de servirnos?

En el trayecto de vuelta a la academia, Placidio nos confirmó lo que ya nos temíamos: aquella misma noche comenzaríamos a trabajar con *La Odisea* homérica. «Para completar cuanto antes una formación grecorromana básica», afirmó.

—¿Qué prisa hay? —lo interrogué, ya que Estibos siempre acababa todo a la primera—. ¿No podemos dejarlo para mañana?

El rétor, sin embargo, se mostró tajante.

—Empezaréis a leerla esta misma noche, después de la cena. Se acerca el momento en que debáis demostrar... cierta cultura.

—¿Y quién va a examinarnos? —Esta vez fue el indiketa el interesado.

—Sertorio en persona.

—¿Sertorio?! —exclamamos Estibos y yo al unísono.

Placidio asintió con un cierto aire de preocupación.

—Se le espera en Osca en cualquier momento. Y ambos sabéis que es un hombre exigente.

La imagen del Gigante de Nursia, vestido de hierro junto a las ruinas humeantes de mi ciudad, rasgó por un instante las brumas de mi pensamiento. De su exigencia académica poco podía opinar yo. De su capacidad destructiva, sin embargo, había sido testigo implicado, y también víctima. En cualquier caso, hacía días que había de-

jado de preocuparme por mi vida. Si Sertorio hubiera deseado matarme por defender mi ciudad junto a mi padre, podía haberlo hecho con sus propias manos cuando me tuvo delante. Había en aquel instante otro tipo de ebulliciones en la marmita siempre burbujeante de mi sesera. Una llevaba nombre de mujer: Emilia; el otro tema era simple curiosidad por la misteriosa afirmación de Placidio junto al templo de Vesta.

—Maestro... —le asalté cuando retornábamos a la academia por el *cardo maximus*.

—¿Qué ocurre, Kalaitos?

—¿Por qué dijiste antes que mucha gente de esta ciudad no iba a gustarme?

El griego detuvo sus pasos y se puso a meditar cuidadosamente su respuesta.

—La gente que no va a gustarte no es de esta ciudad —matizó con calma—. Están aquí desde hace no mucho tiempo. Por fuerza mayor. Porque no les queda más remedio. Y todavía siguen llegando —añadió tras una pausa.

Ahora fui yo quien se puso a cavilar antes de pronunciar algo que, a pesar de todo, quizá sonara impropio.

—O sea..., como Adrastos y tú mismo.

Placidio frunció el ceño, como si ser comparado con personajes a los que posiblemente denostaba no hubiese sido una música agradable para sus oídos.

—No es lo mismo —protestó—. Adrastos y yo no buscamos favores ni cargos; ni siquiera protección. La gente a la que me refería ha llegado aquí con una mano delante y otra detrás. Son todos ellos hombres de Lépido; meros supervivientes, gentes que ya no tienen adónde ir.

—¿Lépido? —pregunté tratando de orientarme en el laberinto de las luchas civiles entre romanos.

—Tras la accidentada salida de Sertorio hace varios años, Marco Emilio Lépido se erigió en el último defensor de la causa popular en Roma —me explicó Placidio pacientemente—. Hasta que fue derrotado y tuvo que huir a Sardinia, donde murió. La mayoría de sus seguidores, sin embargo, ha optado por venir a Hispania, a guarecerse bajo el manto protector de Sertorio en vez de tratar de organizarse allí y pelear contra el poder *optimatus*.

—Y a ti toda esa gente no te cae bien... —resumí.

Placidio se encogió de hombros.

—En general no son más que parásitos y buscavidas a los que Sertorio no ha tenido más remedio que «colocar» en distintos car-

gos, la mayor parte de las veces como senadores —se lamentó el griego.

—¿Y no podía haberlos mandado de vuelta por donde vinieron si no son de utilidad? —aduje.

—Me temo que no —sonrió Placidio ante mi ingenuidad en materia política—. Todos los apoyos son necesarios en estos momentos —afirmó—. El *pontifex maximus*, sin ir más lejos, ha traído muchos seguidores a Osca por el mero hecho de ser hermanastro del mismo Lépido.

Entonces recordé lo que el rétor había comentado sobre la suma vestal y su improbable disposición a abandonar el cargo de sacerdotisa mayor a pesar de su edad.

—¿Velina Diadora también está emparentada con ese Lépido?

—¡Oh, Velina, la dulce Velina! —exclamó Placidio con satírico retintín—. Con ella Sertorio tuvo que devanarse los sesos para encontrarle un hueco en todo este complejo entramado social en el que se ha convertido la ciudad de Osca.

—No estoy seguro de entender, rétor—le dije, casi rindiéndome a la dificultad de comprender los entresijos de aquella extraña cultura—. ¿No era ya Velina una vestal en Roma antes de venir aquí?

La carcajada de Placidio rebotó contra los muros de la academia como un ruidoso impacto de catapulta.

—¿Velina, una vestal? ¡No, por todos los dioses! Velina es, mejor dicho *era*, cuñada de Lépido, y lo único que la acercaba al concepto de virgen es que siempre ha estado soltera. Tan solo por esa razón a Sertorio se le ocurrió acomodarla en la residencia de sacerdotisas como *vestalis maxima*. Porque lo cierto es que Velina llegó aquí apenas con lo puesto, y si no fuera por este cargo tendría que vivir poco menos que de la mendicidad, o haciendo cosas peores —sostuvo el rétor en la misma puerta de la academia.

Los alevines de Adrastos nos miraron con extrañeza al vernos entrar a Estibos y a mí bandeando la *toga virilis*, la que usaban todos los romanos adultos. Una indumentaria que aparentemente nos desmarcaba de ellos, además del conocimiento del idioma. Fue esta inquietante percepción la que desencadenó la sorprendente pregunta de un casi siempre silencioso Estibos.

—Maestro...

—¿Qué ocurre ahora?

—Después de esta ceremonia —inquirió el indiketa palpándose la nueva toga blanca—, ¿somos ya Kalaitos y yo ciudadanos romanos?

Placidio hizo un gesto negativo con la mano.

—No, Estibos —rio el griego—. Eso llevará mucho más tiempo, me temo. Las cosas no son tan sencillas.

—Entonces... ¿para qué estas ropas? Yo preferiría seguir vistiendo la mía propia —adujo el indiketa.

El rétor frunció los labios en una mueca de disgusto.

—Esto es solo una preparación —se defendió—. Una preparación necesaria.

—Una preparación ¿para qué? ¿Para cuándo? —intervine yo ahora.

—¡Para cuando el general Sertorio estime oportuno concederos la maldita ciudadanía! —se impacientó nuestro maestro.

—¿Y tendremos que cambiar de nombre? —se alarmó repentinamente el indiketa.

—Bueno..., en cierto modo.

—¿Qué significa «en cierto modo»? —objeté.

—Tan solo que vuestro nombre hispano sufrirá una pequeña transformación y será algo más largo.

—¿Transformación? ¿Qué transformación? —quiso saber Estibos.

—¡No lo sé todavía, diablos! —se encorajinó el griego.

—¿Y para qué querríamos ser nosotros ciudadanos romanos? —se me ocurrió preguntar al advertir que tanta pregunta tonta nos alejaba de la auténtica esencia de aquel debate.

Placidio sonrió algo más relajado al pisar terrenos más trillados por su vasta sabiduría.

—Para un hispano —afirmó convencido—, ser ciudadano romano reporta grandes beneficios.

—¿Cómo cuáles? —preguntamos casi al unísono Estibos y yo.

—Ser ciudadano romano —nos explicó, paciente— supone disfrutar de una posición social privilegiada.

—Privilegiada... ¿en cuanto a qué? —lo interrogamos.

—En relación con las leyes, el acceso a la propiedad, los cargos de gobierno... ¿Os parece poco?

El rétor se había quedado mirándonos con el gesto grave y las cejas enarcadas. Esperando tranquilamente al efecto demoledor de tan contundentes palabras; sin percatarse de que una sesera hispana puede llegar a ser bastante impermeable, incluso hostil, a las razones aparentemente más inapelables.

—Entonces... —resumí con aire sesudo—, si no alcanzas la ciudadanía romana, jamás dejarás de ser pobre; y además, sus famosas leyes nunca te tendrán en cuenta. Y, por supuesto, nunca podrás intervenir en los asuntos de gobierno de tu propia nación.

El gesto amable y distendido del rétor comenzó a avinagrarse por momentos.

—¡Malditos cabezotas! —exclamó irritado—. ¿Cuándo empezáis a pensar positivamente? ¿Cuándo dejaréis de meter palos en las ruedas del progreso? —se quejó amargamente.

—¿A cuántos hispanos conoces que hayan conseguido ya la ciudadanía romana? —lo interrogué en medio de su destempe.

—¡No lo sé, maldita sea! Algunos, supongo. ¿Cómo quieres que sepa el número?

—En Indika no había ninguno a quien se la hubieran concedido —terció repentinamente Estibos.

—Tampoco lo había en Contrebia —rematé yo.

—¡Por todos los demonios del Hades! —se enfureció el rétor—. ¡Para conseguir la ciudadanía romana hay que hacer primero algún mérito!

Estibos y yo nos miramos un segundo, pero fue el indiketa quien lanzó la flecha.

—Maestro... —apuntó suavemente mi compañero de academia con aquella voz de no haber roto nunca un plato—, ¿contáis Adrastos y tú con la ciudadanía romana?

Placidio se tambaleó igual que si hubiese recibido una pedrada en plena frente.

—¿No... nosotros, ciudadanos romanos? —Parpadeó sorprendido—. ¡Pues claro que no! —negó casi ofendido—. Nosotros somos griegos. ¡Somos atenienses! —recalcó hinchando el pecho—. ¿Para qué diablos necesitarían dos atenienses la ciudadanía romana? —se preguntó a sí mismo componiendo un gesto de desencanto al reparar en las escasas luces de sus dos pupilos.

—Creo que ya lo entiendo —repuse pensativo tras una larga pausa—. Según parece —proseguí mirando a un intrigado rétor—, los griegos de Atenas usáis vuestro inmenso conocimiento en filosofía, en las artes y en las letras para elevaros por encima de la mediocridad del mundo romano y sentiros superiores a ellos. —El rostro de Placidio estaba distendiéndose en una sonrisilla de inequívoca suficiencia—. Porque, en el fondo, nunca habéis asimilado vuestra derrota frente a ellos, y esa es la única manera que conocéis de engañaros y ocultaros a vosotros mismos las cadenas que os mantienen sujetos a la noria romana igual que al resto de pueblos sometidos. ¿Es eso lo que en realidad querías explicarnos, rétor? —le pregunté finalmente, cuando el cómico gesto de petulancia del griego se había convertido ya en una torva mueca de cólera.

La cena fue posiblemente más frugal que de costumbre debido a la indignación que aún crispaba a nuestro maestro. Pero al menos resultó

suficiente para aplacar las cuchilladas de nuestros estómagos. Después, *La Odisea* de Homero se encargó de colocarnos en nuestro lugar de gusanos hispánicos y de adormecer el resto de nuestros sentidos.

—Se me ocurre una idea, Estibos —le dije al indiketa después de leer por turnos casi una hora.

—¿Qué?

—Yo leeré todo el tiempo y tú me irás traduciendo la historia al griego, que es, además, el idioma original de *La Odisea*, ¿verdad? Así mataremos dos pájaros con la misma flecha: leeremos la obra y yo aprovecharé para aprender algo de esa lengua.

Estibos se quedó dormido a poco de cruzar la *secunda vigilia*. A mí, en cambio, el sueño nunca solía visitarme antes de los primeros albores. En esta ocasión, además, tenía claro que el dios Morfeo no lograría tumbarme ni pidiendo prestada la maza del dios Sucellos. Por eso me desprendí de la toga romana que ahogaba mis movimientos y me enfundé otra vez el viejo *sagum* celtibérico. Para lo que iba a hacer, el color pardo de aquella prenda resultaba infinitamente más recomendable que el blanco resplandeciente.